

Sombras

Cesar Gómez



Capítulo 1

La noche llegó, a lo lejos, la ciudad estaba iluminada por esa luz artificial que provenía de ventanas, farolas y automóviles. Josua observaba aquel espectáculo desde lo alto de La Colina, un cerro urbanizado que en realidad era una invasión con casas rústicas, algunas hechas en adobe, otras en latón, y unas cuantas casas con sus paredes desnudas, dejando ver los bloques de ladrillo puestos descuidadamente. Iba acompañado por unos muchachos que vivían en ese lugar, le decían que no era conveniente que anduviera solo o podría pasarle algo. La Colina ciertamente no era un lugar muy seguro, algunos de sus habitantes la habían convertido en una olla donde se podía conseguir sexo, drogas y hasta órganos con bajo presupuesto; era muy común que en La Colina desapareciera gente. Josua era estudiante de trabajo social, estaba en su último semestre, se encontraba haciendo una tesis sobre el impacto del microtráfico en comunidades pequeñas, pero sus hallazgos lo habían estado afectando, a veces no podía comer bien y otras veces no dormía, pensando en las cosas que presenciaba. Un par de veces había arriesgado su vida al entrevistar a unos microtraficantes de las comunidades que investigaba, a veces despertaba sobresaltado al tener pesadillas con las amenazas que le habían proferido. Fue peor cuando su tutor le advirtió que un amigo suyo muy cercano, que estaba haciendo una investigación para un doctorado, tuvo problemas con un grupo como ese, no se volvió a saber de él, seguramente había terminado descuartizado como comida para perros o dentro de un contenedor con ácido. Pensaba en todo aquello mientras llegaba a la parada del transporte, sus acompañantes se despidieron de él, subió al autobús, buscó un lugar y se sentó exhausto, solo quería llegar a su morada, esculcar el refrigerador, comer algo, asearse y descansar.

Pasaron varias semanas después de que Josua terminara la investigación para su tesis, ya no era necesario que regresara a las comunidades donde había estado. Se encontraba estirando el cuello después de horas de digitación en su pequeña laptop, donde estaba trabajando su tesis, había salido a su pequeño balcón donde sintió la fría brisa de la noche. Encendió un cigarro, aspiró profundo y soltó el humo como si exhalara con él su cansancio y pesadez. Sonó su móvil, volteó extrañado hacia su habitación, eran las 12 de la noche, quién podría llamarlo a esa hora, lo dejó sonar, se recostó contra la pared, cerró los ojos y llevó el cigarro a sus labios. La persona en el celular insistía, algo le decía que no eran buenas noticias, la hora, la insistencia, fumó un poco más y luego arrojó el cigarro con cierto enojo, entró y tomó el celular, no alcanzó a contestar. Ahí estaba de nuevo, no conocía el número, respiró profundo y contestó con desaliento,

como si lo hubiesen acabado de despertar, del otro lado se escuchaba una vocecita angustiada y suplicante, era la voz de una niña, estaba asustada, le pedía auxilio, no entendía bien lo que le decía, había interferencia en el teléfono. Entre los sollozos y la interferencia logró escuchar, ¡Están aquí, han venido varias veces, nunca me habían tocado, me están lastimando, tengo mucho miedo! Sintió pánico, se quedó gélido, no sabía qué decir o qué hacer, no esperaba una llamada de auxilio, nunca había enfrentado algo así. Pasados unos segundos preguntó quién era, dónde estaba, si había llamado a la policía, se escuchó un ruido muy extraño y luego colgaron. Intentó marcar, nadie contestó, al insistir nuevamente la llamada se fue directamente a buzón, ¿qué debía hacer? Llamó a la línea a de urgencias, pero cuando preguntaron de qué se trataba se dio cuenta que él mismo no sabía, ni siquiera sabía quién lo había llamado, lo único que podía saber es que la chica era de una de las comunidades donde estuvo haciendo su investigación, pero no tenía forma de saber en cual. Explicó lo sucedido, dio el número de donde lo habían llamado, explicó sobre su tesis y los sitios donde había investigado, cuando dijo no tener más información, terminó aquella conversación. Se preguntó si harían algo al respecto, si podrían averiguar algo con aquel número. Salió al balcón a encender otro cigarro, no trabajaría más en su tesis esa noche, pero tampoco iba a poder dormir bien.

Al día siguiente hizo algunas llamadas a los contactos que tenía en las comunidades donde estuvo, quería saber si alguno de ellos sabía de quién era aquel número, o si sabían de alguna novedad, algo extraño que hubiera pasado la noche anterior. Un chico de La Colina, le dijo que no sabía de quién era el número, pero sobre algo que hubiera pasado, una niña de 14 años había desaparecido la noche anterior. Según le dijo, no había signos de violencia en la casa, pero tampoco había mucha seguridad, esa familia no tenía nada de valor. La niña pasaba sola casi todas las noches porque su madre tenía un trabajo nocturno, y su padre se la pasaba... "bebiendo" en una whiskería de ese lugar. Sobre la desaparición de la niña, la madre parecía destrozada, sobre el padre no se sabía nada. Josua no conocía a aquella niña, ¿cómo supo de él?, ¿por qué tenía su número?

Decidió ir a averiguar lo que había sucedido, logró hablar con la mamá de la pequeña, que estaba angustiada y desesperada. Ella no sabía dónde buscar a la niña, o si estaba bien, podía verse en su rostro, que el pensar en el peor escenario le destrozaba el corazón. El padre seguía sin aparecer, no se sabía nada de él.

Josua quiso averiguar con unos chicos que le habían colaborado con su trabajo de tesis, pero se mostraron evasivos y poco colaboradores. Ya era tarde y no había logrado averiguar nada. Fue de nuevo a la casa de la niña desaparecida, era una casa de latón. Como le habían dicho, no había mayor seguridad, cualquiera podía ingresar sin mayor problema, no había nadie. Cuando se iba a ir, había una niña observándolo. La conocía, era

Arianna, una niña de 12 años, adicta a las metanfetaminas, quien le sugirió irse pronto, la noche no era segura para los desconocidos en ese lugar. Lo tomó de la mano y lo llevó fuera de La Colina entre recovecos. Mientras lo guiaba le dijo que su amiga Catalina, había visto visiones, unas sombras que la acechaban en las noches. Su amiga estaba muy asustada, por eso decidió darle su número. Hablaba de la niña desaparecida, ahora sabía cómo lo había contactado. Arianna no parecía una niña de 12 años, era muy entendida y hablaba como alguien muchísimo mayor. Le dijo que hacía algunas noches había empezado a tener alucinaciones, veía sombras que la observaban. No les tenía miedo, contaba con narcóticos que la mantenían muy tranquila. Cuando llegaron a la parada de transportes, lo miró con ojos ausentes, le dijo que no regresara, si volvía, esta vez no podría ayudarlo. Se despidió de él, como si pensara irse a algún lugar, su rostro que por lo general era inexpresivo, parecía triste, se dio la vuelta y lo dejó con sus reflexiones.

En la noche, en la soledad de su habitación, Josua pensaba en las cosas que había hablado con aquella niña, algunas cosas no tenían sentido. De repente se sintió observado, no había nadie en su habitación, se sonrió, ¿cómo podía ser que los cuentos de una niña lo hicieran sentir inquieto? Al levantarse por un cigarro, vio moverse algo en la oscuridad. Sobresaltado encendió la luz, no había nadie, se rio de sí mismo, suficiente de pensar en tonterías.

Pasaron algunos días, se había olvidado del tema, cuando una noche tuvo pesadillas. Escuchaba la voz de aquella niña pidiendo auxilio, no podía verla, pero sabía que era Catalina, le decía que no quería estar más en ese lugar, que se sentía abandonada, solo quería despedirse de su madre. Entonces vio a Arianna, tenía esa mirada perdida. Sabía que estaban en La Colina, pero no reconocía el lugar donde estaban. Arianna señalaba hacia la oscuridad, parecía haber mucha maleza, los gritos se hicieron más fuertes. Josua despertó empapado en sudor, se sentía asustado. De repente se sintió observado, en la oscuridad de su habitación había unas sombras, su corazón palpitó muy fuerte, encendió su lámpara y las sombras desaparecieron.

Amaneció y no dejaba de pensar en su pesadilla. Durmió muy poco, había dejado una lámpara encendida, no estaba seguro de que hubiera soñado aquellas sombras. Esperó que pasara un poco la mañana y llamó a la madre de Catalina, quien estaba algo histérica, su esposo del que no se sabía desde la desaparición de su hija, había aparecido muy temprano esa mañana, estaba desorientado, con su ropa manchada de sangre. El escándalo que ella había hecho, llamó la atención de los vecinos que estaban... interrogando a aquel hombre. Tan pronto como colgó el teléfono, dio aviso a la policía, quizá logran salvar a aquel sujeto de un posible linchamiento.

En la tarde Josua estaba en la casa de aquella mujer, efectivamente la policía había ido, tuvieron que pedir una ambulancia, el hombre estaba bastante maltratado y tenía heridas que le habían hecho con uno o más machetes. Había sido una semana pesada para esa pobre mujer, se le veía desgastada, cansada, envejecida. Una vecina suya también había perdido a su hija, una chiquilla de apenas 12 años, a Josua se le heló la sangre, sabía quién era. Arianna, aquella niña adicta a las metanfetaminas, a quien había conocido cuando estaba trabajando en su tesis. Su madre la había hecho meretriz a una edad muy temprana, a cambio de dinero para drogas, las cuales usaban para olvidarse de su dura realidad. Arianna le había explicado que al consumir metanfetaminas, podían pasar algunos días sin comer, si compraban comida, les daba hambre pasadas apenas unas horas. Josua sospechó que Arianna había muerto por alguna sobredosis o desnutrición, prefirió no preguntar, con las cosas que estaba viviendo estaba a punto de tener un ataque de ansiedad. Recordó su despedida en la estación de buses, enrojecieron sus ojos al comprender que la niña sabía lo que iba a suceder. Ese día estaba absorto en lo que había pasado con Catalina, no prestó atención a la pequeña, por un momento lo agobió la culpa.

A la mañana siguiente, Josua fue contactado por la madre de Catalina, lloraba desconsolada, su esposo se había colgado en una celda donde lo tendrían detenido hasta esclarecer la desaparición de su hija, sobre las declaraciones que lograron obtener de él, parecían las palabras de un hombre desequilibrado, sus amigos lo acompañaron a su casa la noche que Catalina desapareció, cuando empezaron a tener un comportamiento pesado y desagradable, empezaron a mirar a su hija y a hacer comentarios que lo irritaron mucho, veía sombras que oscurecían los rostros de sus compañeros de juerga, y de repente sintió miedo, el comportamiento de esos hombres que ahora le parecían auténticos desconocidos se volvió hostil, tomaron a la niña por la fuerza, y a él lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Cuando despertó, la niña no estaba, buscó su celular, quería pedir auxilio, no lo tenía, seguro se lo habían llevado los que antes consideraba sus amigos, y entonces percibió una sombra que se fue acercando a él, sintió un escalofrío cuando vio que se hacía enorme, pero no tenía energía para huir, gritar o hacer algo. Lo demás era confuso, en su cabeza había pequeños recuerdos, él con un mazo, golpeando y a los sujetos que estuvieron con él la noche que desapareció su hija, según su declaración, sabía que había estado con cada uno de ellos por aparte, pero no recordaba cómo los había encontrado o cuanto tiempo le tomó, recordaba sus rostros asustados, le insistían que no recordaban lo que había pasado, no sabían por qué les hablaba de su hija, que era solo una niña, le suplicaban que no los golpeara más, pero él, con una fuerza y una ira incontenibles, deshizo sus cuerpos a golpes.

Nada del relato de aquella mujer tenía sentido, Josua fue directamente a la estación donde habían llevado al padre de Catalina, para averiguar él

mismo lo que había sucedido, se encontró con el mismo relato, esta vez contado por un oficial que hablaba de aquel hombre como un desquiciado, resultó que investigaron, y de aquellos hombres había uno en el hospital, los demás estaban muertos. Según la declaración del hombre, que apenas podía hablar, su amigo Jesús, el padre de Catalina, lo había ido a buscar a su casa, no tenía idea de que supiera dónde vivía, estaba como loco, le preguntaba por su hija Catalina, él no entendía que estaba sucediendo, no le dio tiempo de razonar, se dio la espalda para salir corriendo cuando sintió el golpe del mazo que llevaba en la mano sobre su espalda, lo derribó y lo dejó sin aire, luego del segundo golpe no recuerda nada más. Sobre Catalina, cuando le preguntaron sobre lo que pudo haber pasado con ella, se le lloraron sus ojos, tenía vagos recuerdos de él y los otros hombres con los que iba, abusando de ella, no entendía, no estaba tan ebrio como para olvidar, nunca la había visto con malos ojos, era solo una niña, y sin embargo, recordaba con amargura los sollozos y súplicas de la pequeña, no recordaba muy bien, pero sabía que la habían golpeado brutalmente, sobre su paradero, lo único que recordaba, es que la vio arrastrándose hacia su padre que estaba inconsciente tirado en el suelo, no podía recordar nada más.

Esa noche Josua tuvo un par de pesadillas, Arianna lo llevaba de la mano con sus ojos ausentes, sentía su mano helada, pero pensó que era por la fría noche cubierta de neblina, ella no le decía nada, él se dejaba llevar como si supiera para dónde iban, reconoció el camino, era una parte de la Colina donde los chicos iban a drogarse, lejos de ojos indiscretos, pero la niña lo adentró entre la maleza, y entonces vio a Catalina, que estaba de espaldas mirando hacia el vacío, Josua nunca había estado en esa parte de La Colina, la oscuridad, la neblina y la maleza le daban un aspecto lúgubre al lugar, sentía susurros, pero miraba hacia todas partes y no había nadie, intentó ir hacia donde estaba Catalina, pero su cuerpo no respondía, no podía gritar o moverse, solo la veía de espaldas, de repente nadie sujetaba su mano, Arianna había desaparecido, Catalina volteó un poco su cuerpo, lo miró con su rostro pálido e inexpresivo, y se lanzó al vacío. Josua parecía haber despertado de aquella pesadilla, pero ahora estaba en el pasillo de un hospital, estaba oscuro, nuevamente esos susurros, no veía a nadie, Arianna salió de una habitación, lo miró con sus ojos ausentes, y entró de nuevo en la habitación, Josua fue hacia ella, cuando entró en la habitación, vio a un hombre de espaldas, sentado sobre una cama moviéndose frenéticamente, angustiado, susurrando para sí mismo, Arianna ya no estaba. Cuando aquel hombre sintió la presencia de Josua, se quedó quieto, y susurró un poco más alto, sé que vienen por mi, he visto las sombras, las he sentido más fuertes pero no me llevarán con vida, en sus manos había un bisturí quirúrgico, el hombre se puso de pie, Josua no podía moverse, cuando el hombre se dio la vuelta hacia él, sintió mucho pánico, no podía correr o pedir auxilio, el hombre empezó a reír y se abrió la garganta, lo vio desangrarse frente a sus ojos. Despertó nuevamente sobresaltado, esta vez estaba en su habitación, pero algo no estaba bien, seguía oyendo susurros, y había una gran sombra al frente

suyo, intentó prender la luz, pero su cuerpo no respondía, cerró los ojos, sentía que lo estaba sucediendo era muy real, luego escuchó en su cabeza la voz de Arianna, le decía que buscara a Catalina, abrió los ojos, no había susurros, no veía ninguna sombra, podía sentir su corazón y su cama estaba empapada en sudor, prendió su lámpara, estaba temblando, sus ojos enrojecieron al pensar que podía estar volviéndose loco.

Al otro día Josua fue a la Colonia, acompañaba a la familia de Arianna a las exequias de la niña, seguía el féretro cuando empezó a escuchar susurros, pero esta vez los susurros decían su nombre, cuando volteó a mirar de dónde provenían los susurros, reconoció el callejón que llevaba al lugar donde los chicos se apartaban a consumir alucinógenos, el mismo lugar con el que había soñado la noche anterior, sintió un gran impulso de ir a ese lugar, se apartó del tumulto y se dirigió hacia el callejón, no había nadie, cruzó y se encontró con el mismo lugar con el que había soñado, a unos metros había maleza, no recordaba haber prestado tanta atención a aquel lugar, solo estuvo un par de veces cuando entrevistó a algunos chicos para su proyecto de grado, ni siquiera recordaba haber notado que hubiera maleza. Quiso saber si el lugar se parecía al de su sueño, le resultó aterrador encontrar que era exacto, cómo era posible que recordara tan perfectamente un lugar donde nunca estuvo, no tenía sentido, fue peor cuando encontró el alto desde donde se lanzó Catalina en su sueño, le parecía tenerla al frente suyo, volteando a mirar sus ojos fijamente antes de saltar, de repente escuchó los susurros nuevamente, cada vez más intensos, tuvo la sensación de sentirse mareado, parecía que su cuerpo se había hecho más pesado, el pánico se apoderó de él, se alejó lo más pronto que pudo, cuando llegó de nuevo al tumulto, notó que le sangraba la nariz.

Esa noche Josua estaba comprando un tiquete de avión, quería alejarse de todo, no estaba seguro de lo que estaba pasando, pero sabía que si no se alejaba, pronto las cosas empeorarían. Estaba esperando a abordar el avión cuando recibió una llamada de la madre de Catalina, no sabía a quién más llamar, estaba aterrada, estaba teniendo pesadillas, escuchaba susurros, había soñado que el sujeto que había sobrevivido al ataque de su esposo se había degollado, despertó aterrorizada. Quiso averiguar con la policía si habían logrado averiguar algo de su hija con aquel hombre, se enteró por la policía de que aquel hombre había muerto durante la noche, había muerto ahogado, en el hospital no supieron explicar cómo había sucedido. Josua intentó explicarle que no podía ayudarla, su corazón palpitaba fuerte, cómo era posible que ella escuchara los susurros, cómo podría explicarle que habían tenido el mismo sueño, la noticia de que aquel hombre había muerto ahogado de manera inexplicable generó una punzada fuerte en su cabeza, qué podía decirle si él estaba huyendo de todo eso, ella se escuchaba desesperada, lamentó tener que colgarle, lo estaban llamando para abordar, le dijo que había un lugar donde sospechaba que podían encontrar el cuerpo de su hija, ella le confirmó que sabía del lugar que él le estaba indicando, entonces el se despidió y

colgó el teléfono.

Unas semanas más tarde, Josua se preparaba un emparedado de jamón con queso, se sirvió un jugo de naranja artificial, se sentó y navegó en su celular mientras desayunaba, había logrado dormir bien las últimas noches, se sentía tranquilo, a salvo, y entonces encontró en una de sus redes una noticia que lo dejó frío. Hacía unos días una mujer se había quitado la vida, al parecer no soportó encontrar el cuerpo de su hija, todo indicaba que la chica había saltado de un lugar alto en La Colina, el reporte forense indicaba que la joven había sido abusada y maltratada. Josua sintió náuseas, mareo, el cuerpo le temblaba, los susurros volvieron. Sintió culpa, abandonó a una mujer desesperada a su suerte, no tuvo tacto cuando le dijo dónde podía encontrar el cuerpo de su hija, no había pensado que quizá ella esperaba encontrarla con vida. Él huyó, tuvo esa posibilidad, pero aquella mujer no podía solo irse como lo hizo él, a dónde iba a ir, cómo podría dejar atrás el dolor de haber perdido a su hija, de lo que ocurrió con su esposo que también se quitó la vida, imaginó lo que podía ser lidiar con la tragedia, las pesadillas y esos insoportables susurros, entonces sintió de nuevo una punzada en su cabeza. Habría jurado que había alguien detrás suyo, cuando se volvió a mirar no había nadie.